

femias, distingo en una humilde cueva cerca de una ciudad que se llama Manresa, á un noble español : su nombre es Ignacio de Loyola... ; Oh ! conquistador más poderoso y sobre todo más respetable que Lutero, crea una milicia santa, y los soldados de este ejército llevarán el culto de la sagrada Eucaristía á los cuatro extremos de mundo... Hombres que se devoraban unos á otros, se unirán en la mesa de Jesús... Juntos recibirán la sagrada comunión.. Que el tabernáculo sea una caja sacada de un buque, ó alguna cavidad practicada en el tronco de una vieja encina, ¿qué importa? Jesús estará siempre allí... Él no pide ni oro ni púrpura, sinó corazones que le amen, que le reciban con fervor ; y mientras vosotros, infelices herejes, blasfemaréis, los mismos salvajes se arrodillarán en su presencia... ; Oh Dios mio, cuán grande, cuán poderoso sois, y cuán pequeños delante de vos los que osan levantarse contra vuestra autoridad, contra la de vuestra Iglesia santa !...

Habría querido hablaros de santa Teresa, de santa Juana de Chantal y de tantas otras almas que con su devoción por la sagrada Eucaristía repararon las profanaciones de que este adorable sacramento era objeto de parte de los herejes ; pero me extendería demasiado : este asunto sería inagotable, tanto como el amor que nos demuestra Jesús en este augusto misterio...

PERORACIÓN. — Al concluir, hermanos míos muy amados, quiero referiros un hecho que data casi de ayer : la muerte de Monseñor Bataillon, uno de los misioneros franceses más antiguos y más entusiastas. Había convertido á provincias enteras ; al abordar en unas islas salvajes, había encontrado en ellas unos hombres feroces y corrompidos. Con la gracia de Dios, había hecho de ellos unos cristianos humildes, castos y fervientes ; durante cuarenta años les había consagrado su vida... Pero bajo aquellos climas, la vida, para los Europeos, se gasta pronto : tenía sesenta y siete años cuando, el 10 de abril de 1877, entregó su alma al Señor... « Hermanos, decía antes de morir á los misioneros que le rodeaban, dadme el santo Viático ; yo bien hubiera querido no recibirlo hasta el Jueves Santo ; es el aniversario del día más bello de mi vida, del día de mi primera comunión. Jamás ha pasado desapercibido para mí este día ; pero como temo no poder llegar hasta

esta fecha, vais á traerme el santo Viático... » Algunos días de convalecencia permitieron al piadoso misionero decir aún más de una vez la santa Misa ; pero al fin, rendido de fatiga, y sin duda, Dios mio, maduro para la recompensa, quiso recibir nuevamente el santo Viático, manifestando aquella tierna devoción que siempre había tenido por la sagrada Eucaristía, y luego murió como mueren los amigos de Jesús, los predestinados (1)...

Tales, carísimos hermanos, la historia de la Eucaristía, desde la sala del cenáculo donde Jesús instituyó este adorable sacramento, hasta la choza donde, tal vez en este momento, la recibe un pobre moribundo acostado sobre pajas... El Dios del tabernáculo fué siempre una fuerza, un consuelo, una esperanza para los suyos... He dicho para los suyos... ; ojalá podamos nosotros, amados hermanos míos, ser de los suyos, y pertenecerle mientras vivamos en este suelo, para que él nos conozca y nos reclame un día en su eternidad !.. Así sea.

INSTRUCCION DECIMOSEPTIMA.

SACRAMENTO DE LA SAGRADA EUCARISTIA.

INSTRUCCION CUARTA.

MATERIA DE LA EUCARISTIA; PORQUÉ NUESTRO SALVADOR ESCOJIÓ EL PAN Y EL VINO COMO MATERIA DE ESTE SACRAMENTO.

TEXTO. — *Panis quem ego dabo, caro mea est pro mundi vita.*
El pan que os daré á comer es mi carne, etc.

(SAN JUAN, CAP. VI, VERS. 52.)

EXORDIO. — Hermanos míos, un piadoso misionero, hoy en día uno de los más santos prelados de la Iglesia de Francia, hablando de la sagrada Eucaristía, decía : « Es un asunto profundo, inmenso, magní-

(1) Véanse los *Anales de la Propagación de la Fé.*

fico ; un asunto del cual sólo se pueden trazar las líneas principales é indicar los puntos más culminantes (1). » Y santo Tomás, este príncipe, este rey de los doctores de la Iglesia ; santo Tomás, á quien el mismo Jesucristo decía : « Te doy gracias por haber desarrollado tan bien las verdades que me conciernen », parecía igualmente anonadado por la majestad de este misterio... Y realmente, hermanos míos, Jesucristo, el Hijo de Dios, el rey del cielo, entregándose á nosotros como alimento en la sagrada Eucaristía, residiendo en nuestras pobres iglesias, día y noche ; qué motivo de admiración para los hombres y para los ángeles !... Cuando los Apóstoles anunciaban el Evangelio á los paganos, cuando nuestros misioneros explican este sacramento á los pueblos que están sumidos en las sombras de la muerte, estos pobres salvajes, cual los infieles de aquellos tiempos, difícilmente creen en tanto amor... « ¡ Ah ! cuán bueno es, exclaman, el Dios de los cristianos !... Se entrega á ellos, vive en medio de ellos... »

¡ Dios mío ! Si quisiésemos reflexionar un instante, carísimos hermanos, los que tenemos fé, participaríamos de la sorpresa y admiración de aquellos pobres idólatras á quienes se anuncia, por vez primera, este misterio tan sorprendente como adorable, y diríamos como ellos : ¡ Oh Jesús, qué bueno sois ! ; Cuánto mereceis nuestra veneración y nuestro amor, vos que os dignais permanecer entre nosotros y residir, día y noche, en este augusto tabernáculo !... »

PROPOSICIÓN. — En las instrucciones anteriores os he hablado de las figuras de la sagrada Eucaristía ; he dicho algunas palabras sobre la institución de este sacramento y sobre los ataques de que había sido objeto por parte de los herejes. En ésta y en las siguientes, me esforzaré, en cuanto me sea posible, en explicaros la esencia de este sacramento y los elementos que lo constituyen.

DIVISIÓN. — *En primer lugar*, cuál es la materia del sacramento de la Eucaristía ; *en segundo lugar*, porqué nuestro divino Salvador escogió el pan y el vino como materia de este sacramento : tales son los dos puntos sobre qué vamos á fijarnos en esta instrucción.

Primera parte. — Vosotros os acordais, hermanos míos muy ama-

(1) *Les Sacraments*, por el abate Besson. t. I. conferencia 10.

dos, de que los sacramentos son unos signos sensibles á los cuales el Señor ha aplicado una gracia especial y que los instituyó para la santificación de nuestras almas... Os he dicho ya que se llamaba materia de un sacramento á los elementos que lo constituyen. Así, en el Bautismo, la materia es el agua natural ; en la Confirmación, es el bálsamo, el santo crisma, solemnemente bendecido por el obispo el Jueves Santo... Pero ¿ cuál es, decidme, la materia de este adorable sacramento, santo entre todos los demás, y que llamamos la Eucaristía ?... Voy á trasladarme al Cenáculo, en la noche del Jueves Santo... Los Apóstoles están graves y recojidos ; en el rostro de su Maestro está impresa una especie de melancólica tristeza ; acaba de postrarse á los piés de sus discípulos y se los ha lavado... ; Ah, Jesús, comprendo vuestra tristeza !... Si yo me atreviese, oh mi adorable Salvador, hasta diría que participo de ella... Judas, el infame Judas, está allí, y vuestra bondad no ha podido hacerle renunciar al infernal proyecto que alberga en su corazón... Además, hermanos míos muy amados, se aproximaban las horas de la agonía y de la dolorosa Pasión... Jesús se concentra... Nó, ni la ingratitud ni la misma traición detendrán las efusiones de su amor... « Como había amado siempre á los suyos, dice el Apóstol, les quiso amar hasta el fin... »

Pero ¿ qué testimonio les va á dar de su amor ?... ¿ No le basta á la ternura de su corazón el que dentro de algunas horas sea entregado á los Judíos, y que derrame su sangre hasta la última gota para redimirnos ?... Nó, carísimos hermanos, nunca se habrá repetido lo bastante, Jesús quiso amarnos hasta más allá de la muerte... Escuchad... Cojió pan en sus divinas manos, dicen los Evangelistas ; levantando sus ojos hácia su Padre, le dió gracias, y después consagró aquel pan ; hizo de él la sagrada Eucaristía, que distribuyó á sus Apóstoles, diciéndoles : Tomad y comed, éste es mi cuerpo... No era completo el misterio todavía : la sangre del Salvador iba á enrojecer en breve, como acabamos de decir, la columna de la flagelación y á correr á lo largo de aquella cruz que se iba á levantar en lo alto del Calvario... Era pues también preciso que aquella divina sangre, precio de la redención de los hombres, estuviese asimismo representada de una manera enérgica en aquel inmortal sacramento, memorial del amor que este dulce Sal-

vador profesaba á los suyos y que á todos nos ha profesado... ¡Ah! decidme, mirad este tabernáculo, ante el cual ardé esta humilde luz; ahí está, y apesar de la indiferencia de los malos cristianos y de las blasfemias de los impíos, os aseguro que permanecerá ahí hasta el fin de los tiempos, que permanecerá ahí mientras haya un sacerdote que pueda subí á este modesto altar... ¿Tiene razón el Evangelista cuando dice que Jesucristo amó á los suyos hasta el fin?...

Pero hablemos de la materia de este augusto sacramento... Esta doble materia todos vosotros la conoceis: es el pan y el vino... El pan ha de ser de trigo puro; el vino ha de ser el producto verdadero, no falsificado, de la vid... Ni el pan de cebada, ni el que se amasa con harina de centeno, pueden ser la materia legítima de este sacramento. Ni la cerveza, ni otra clase cualquiera de bebida pueden sustituir al vino en el cáliz. Estas verdades son las que se os enseñaron en el catecismo...

Sin embargo, tal vez escucharéis con interés el cuidado, la piedad y la religiosa atención que presidían en otros tiempos y presiden todavía hoy, en los monasterios, á la preparación del pan y del vino, que debenservir de materia para este adorable sacramento de la Eucaristía... Leemos en la vida de santa Radegunda, antigua reina de Francia, que ella misma preparaba con sus reales manos el pan que debía consagrarse en el altar. San Wenceslao, duque y príncipe de Bohemia, cojía él mismo las espigas y desgranaba el trigo que se debía ofrecer en el santo Sacrificio... Pero oíd lo que á este propósito refiere un piadoso autor (1). « En ningún sitio, dice, se emplearon mayores cuidados para la preparación eucarística, como en los monasterios... Por muy puro que fuese el trigo, se le separaba grano por grano; luego era lavado, puesto en un saco blanco únicamente destinado á este uso, confiado á un sirviente de confianza que lo llevaba al molino... Lavábanse las muelas, y una vez molida la harina retornábase al monasterio... Una vez allí, un sacerdote revestido con el alba la pasaba por un tamiz bien limpio, y por último los monjes, revestidos de los ornamentos sagrados, mezclaban, cantando salmos, aquella harina rociada con agua en una jarra brillante de puro limpia... Hacíanse cocer entonces las hostias en un fuego de madera se-

(1) Cardenal Bona: *De liturgia*, parte I, cap. XXIII, *Ad calcem*.

ca, preparado al intento... Igual respeto presidía á la preparación del vino, que debía servir para el santo Sacrificio... También hoy, hermanos míos, en piadosos monasterios es donde se preparan las hostias que nosotros consagramos; y nosotros ponemos sumo cuidado en que el vino, que se debe presentar en el altar santo, sea puro y esté exento de toda mezcla extraña... Este tan profundo respeto, observado en todos los tiempos para la elección de la materia que debe servir para el santo Sacrificio nos muestra con evidencia que, en todo tiempo, la santa Iglesia católica ha creído en la presencia real de Jesucristo en el adorable sacramento de la Eucaristía.

Segunda parte. — Pero ¿porqué Nuestro Señor Jesucristo escogió el pan y el vino como materia del sacramento de la Eucaristía?... Ésta me parece que es, hermanos míos muy amados, la segunda pregunta que me he planteado y á la cual quisiera contestar con la mayor claridad posible... Si yo dirigiese esta pregunta á vuestros hijos, éstos me dirían: « Que era para demostrarnos que el augusto sacramento de que os hablo es el verdadero alimento de nuestras almas, como el pan y el vino lo son de nuestros cuerpos. »

A este propósito permitidme, hermanos míos, una reflexión. ¿Cuán bellas, claras y exactas son esas cortas respuestas que el catecismo nos da sobre las más elevadas cuestiones!... Pero al propio tiempo, amigos míos, confesemos, con la mano puesta sobre el corazón, que las olvidamos muy deprisa, dejando de comprender su importancia. Vamos á ver: Dios nos crió para servirle; decidme en conciencia, ¿le servimos como merece serlo?... Cuando en aquel entonces se nos preguntaba si el pecado mortal era un gran mal, contestábamos: Sí, el pecado mortal es el mayor de todos los males, porque nos lleva al infierno; mientras que todas las otras pruebas de la vida, si las sabemos soportar bien, nos podrían conducir al cielo... Nosotros conocemos esto, se nos ha repetido tal vez más de veinte veces... ¿Digo que lo conocemos?... Nó, lo hemos olvidado; ¡si todos los días tenemos la prueba á la vista!... Para muchos cristianos, de esos que tan fácilmente dejan de asistir el domingo á oír Misa, un viaje aplazado, un montón de heno mojado, una carretada de trigo expuesta á recibir algunas gotas de lluvia, la vendimia un poco retrasada, ¡oh! todos estos son males mucho mayores que un pe-

cado mortal... Bien veis que para esos cristianos ignorantes ó avarientos, el pecado mortal no es ya el mayor de todos los males...

De igual manera, hermanos míos, acabamos por olvidar hasta las más elementales verdades que en otro tiempo aprendiéramos; é yo me pregunto, para volver al asunto que nos ocupa, si hay muchos entre vosotros, fieles que me escucháis, que esten convencidos de que la sagrada Eucaristía es tan indispensable para la salud de su alma, como el pan y el vino para la conservación de su cuerpo. Y sin embargo, adorable Jesús, no dejasteis de tener un misterioso propósito al querer ocultar vuestra presencia bajo estos elementos tan comunes...

Hermanos míos muy amados, una comparación os hará tal vez comprender aún mejor la idea, los designios de nuestro dulce Salvador, cuando instituyó este sacramento... Uno de vosotros, el más fuerte, si queis, porque desgraciadamente tenemos pruebas de que los males no siempre perdonan á las naturalezas más robustas; así pues, el más fuerte de vosotros, después de haber luchado por algun tiempo con ciertos presagios, se ve precisado á dejar el trabajo... Vedle ahí, dominado por ardiente calentura, obligado á guardar cama. — «Corra V., doctor,» se le dice al médico. Éste acude y pregunta: — «¿Qué teneis, amigo? — Siento un malestar general. — ¿Teneis apetito aún? — Nó, todo alimento me repugna, hasta el pan. — ¿Y el vino? — Lo encuentro amargo, me da náuseas y me inspira una viva repugnancia.» Veo al doctor separarse de la cama y hablar en voz baja. — «La enfermedad es séria, dice, hay que cuidarla...» Y en efecto, hermanos míos, no ignorais que cada vez que el pan y el vino repugnan á un enfermo, es indicio de que la indisposición es grave y con frecuencia mortal.

Angeles custodios de estos mis queridos oyentes, venid en mi ayuda; haced comprender bien á estos fieles que me escuchan, que también su alma tiene necesidad de alimento... ¡Qué! amados hermanos, ¿os repugna este divino pan de la Eucaristía?... ¿Sentís aversión por la sagrada comunión?... ¡Pobres almas, muy enfermas estais!... No soy solamente yo quien os lo dice: es la Iglesia santa, es el mismo Jesucristo quien, al escojer, como materia de Eucaristía, el pan y el vino, ha querido mostraros que este alimento celestial era necesario para vuestras almas... ¡Ved pues, en efecto, lo que venimos á ser en cuanto

hemos roto con la sagrada Eucaristía!... Reflexionad bien;... y si hay fé en vuestros corazones, os desafío á que me digais que está tranquila vuestra alma y que goza de una salud perfecta... Vuestros ángeles custodios, á quienes hace poco invocaba yo, podrían decirnos si es la avaricia, el orgullo, la impureza, la indiferencia, la pereza ú otra enfermedad cualquiera la que os trabaja, lo que es yo, no sé más que una cosa y es, que vosotros, á quienes no agrada este pan divino, alimento obligado de nuestras almas, estais enfermos, y que esta enfermedad va á llevaros tal vez hasta á la muerte, es decir, que habrá matado la fé en vuestros corazones... Ved y reflexionad...

PERORACIÓN. — Carísimos hermanos, reasumamos en pocas palabras el asunto de esta instrucción. Os he dicho que el pan de trigo puro y el vino producido por la vid, sea cual fuere su color, eran la única materia legítima del sacramento de la Eucaristía... Ya nuestro divino Salvador había designado más de una vez, en el Evangelio, estos elementos: Yo soy el pan descendido del cielo, había dicho. Y en otra parte: Yo soy el pan de vida... En otras circunstancias se había comparado á la vid; y, la noche misma de la Cena, al presentar á sus Apóstoles el cáliz consagrado, les dijo que él no volvería ya á beber de aquel jugo de la uva antes de haber sufrido su Pasión. He añadido que, al escojer estos elementos, nuestro adorable Redentor nos había querido demostrar que su cuerpo y su sangre son el perfecto alimento de nuestras almas, como el pan y el vino son los alimentos más sanos para nuestros cuerpos. He añadido además que, por desgracia, muchos cristianos experimentaban cierta aversión por este divino alimento... Me tendré por dichoso, hermanos míos muy amados, si por medio de las breves reflexiones que á este propósito he hecho, he podido derramar en vuestro espíritu un conocimiento más perfecto de este sacramento, y sobre todo excitar en el alma de algunos de vosotros, el deseo de recibirlo en breve y con mayor frecuencia... ¡Oh! Así sea...